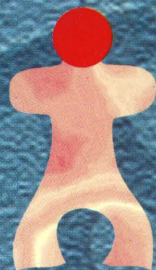


- INSTITUTO DE ESTUDIOS EUROPEOS
- CONSEJO BRITÁNICO



Ciudadanos en la Sociedad de la Información

Capítulo 10

Miguel Giusti / María Isabel Merino / Editores



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 1999

© The British Council Peru
Alberto Lynch 110, San Isidro, Lima-Perú
Telf.: 221-7552
ISBN: 0863554083

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel, Lima-Perú
Telf. 460-0872 - 460-2291 - 460-2872 anexos 220 y 356
ISBN: 9972-42-160-0
Diseño de cubierta: AVA diseños

*Ciudadanos en la sociedad
de la información*

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados
Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición: mayo de 1999

La sociedad de la información, ¿Genera mejores condiciones para la negociación?

Carmen Rosa Balbi *

Esta pregunta se enmarca en la reflexión sobre algunos temas de la agenda nacional: la consolidación de la democracia, la preocupación por la superación de las exclusiones sociales, por la disminución de lo que vienen siendo una de las resultantes de la globalización: una creciente desigualdad.

De inicio se puede de manera muy optimista especular, en un continente tan perturbado como América Latina, sobre las perspectivas auspiciosas de una negociación, basada en el creciente acceso a la información y en el encauzamiento de un comportamiento pautado por acuerdos racionales anclados en el conocimiento de lo que uno sabe. Comportamiento racional que, como punto de partida, es entendido por ciertas relaciones de evaluación de las situaciones y por tanto de cálculo, en donde ambos actores en conflicto, puedan tener la posibilidad de ganar; lo que supone la superación, en el Perú, del llamado juego de suma 0, (que podría ser nuestro peculiar aporte, equivalente al *dilema del prisionero* de las teorías de la elección racional).

Pero calculo que implica: que se sopesa aquello que supone las implicancias de esta manera de ganar; que se potencie la visualización de intereses comunes por encima del conflicto; que es posible

* Profesora del Departamento de Ciencias Sociales y de la Maestría en Sociología de la Universidad Católica.

ganar tanto entre países como entre grupos humanos, en función de concesiones mutuas que no implican cesión en el terreno de los principios. Todo ello siendo razonablemente real e indispensable para llegar a niveles básicos de concertación *societal* y coexistencia civilizada. Por lo tanto es necesario reflexionarlo también sobre un continente y sobre nuestro país en particular donde el peso de lo que usualmente solemos llamar *irracional*, es grande.

Me refiero de manera importante al tramado de rencores, revanchas, odios y resentimientos usualmente acumulados a lo largo de la era republicana y que nos retrotrae a 500 años de un factor que a mi entender todavía vertebra el Perú en su diversidad cultural: la desconfianza; desconfianza en procedimientos, en reglas, en las relaciones interpersonales, que no pocas veces terminan invadiendo la dimensión racional, pensante, calculadora en el mejor sentido del término. En el sentido de que hay una proyección, una revisión de las implicancias posteriores de determinadas acciones o decisiones.

De allí viene, sin duda, el éxito latinoamericano del género de las telenovelas. Ellas suelen desarrollar siempre complejas o simples tramas atravesadas y enrarecidas por odios, complejos, sentimientos de inseguridad, de identidad, cuyos altos niveles de sintonía, como lo muestran diversos estudios y el *rating* mismo, no tienen más origen que el enorme grado de identificación con las situaciones o los personajes que ellas generan en los televidentes.

Debemos tener presente en esta reflexión sobre lo indispensable de la concertación y de una lógica de negociación, que venimos de una dolorosa guerra interna que ha costado a lo largo de 15 años más de 30,000 muertos y que ilustra, de manera brutal por la vesania que tomaron los movimientos involucrados, la cantidad de odios, resentimientos y frustraciones que, al no tener canales de procesamiento, se expresaron abriendo las compuertas de la violencia en un país como el Perú, cuya idiosincrasia era usualmente calificada de pacífica ¹.

¹ Esto puede quedar ilustrado en la entrevista que la autora realizara a un militante senderista, cuando éste expresa literalmente que, "ante tanta frustración y resentimiento acumulados, felizmente nace Sendero Luminoso como partido que permite canalizar el odio de clase" (Entrevista realizada para un estudio sobre la violencia reciente en el Perú y publicada parcialmente en la revista *Quehacer* N 85, 1994)

Acabada la guerra, resulta todavía claro a quien emprenda un estudio del funcionamiento de colectivos e instituciones en el Perú, que la tendencia anclada profundamente en el medio nacional-urbano es la lógica de lo que hemos llamado el *juego de suma O*, convirtiéndose en filosofía cotidiana, ética, ideológica. Esto se resume en que para que yo pueda ganar en una negociación o conflicto, tengo que aplastar, *aniquilar* al otro, antes que negociar en términos racionales y menos aún aceptar que ambos pueden ganar.

A mi manera de ver, en el Perú, esto forma parte de una forma de ver el mundo, que de alguna manera, fue agudamente consignada ya por Haya de la Torre. El en sus escritos, compara ya en el año 1923, las grandes diferencias existentes entre Alemania y el Perú, al observar el denominado juego del palo encebado. Dicho juego consiste en ascender en un poste cubierto de cebo, hasta alcanzar la punta de dicho mástil. Mientras que en el primero, el conjunto de las personas que observan el juego alientan colectivamente a quien trepa para que alcance la meta, en el Perú, Haya notaba cómo éste se jugaba completamente al revés: las gentes alrededor hacían lo imposible para que el trepador que podía alcanzar el éxito no pudiera alcanzar la meta. Algo que, podríamos agregar, se genera en el contexto que el antropólogo Foster denomina de “‘bienes escasos’, siendo entonces la lógica, ‘que si yo no puedo llegar, que nadie llegue’”.

De allí fraseos coloquiales que en nuestro medio urbano, desarrollaron una gran vigencia por sus visos casi descriptivos y naturalizados; como aquel de serruchar el piso para denominar la manera como ha sido enfrentada la competencia por los ascensos en la burocracia. Y que reproduce la misma idea de funcionamiento *en y de* la sociedad: si yo, sea por incapacidad o eventual marginación no puedo ascender, consagro mis energías a impedir que alguien más competente o que no goza de mis simpatías personales, ascienda. Con la grave consecuencia de la instauración de la mediocridad como pauta.

Esto a otro nivel quizá ha sido muy bien recogido por autores tan diversos como Octavio Paz o Norberto Lechner. El primero llama la atención señalando que las discrepancias en América Latina toman una *lógica de cruzados* que se resume en aquella frase bíblica: “O estás conmigo o estás contra mí”. Lechner retoma esta reflexión

para denotar cómo en América Latina la lógica política se enfrenta con aquella de amigo/enemigo, donde este último debe ser aniquilado, antes que ser percibida como discrepancias entre determinados puntos de vista. Y es que es todavía difícil -a pesar de las duras experiencias confrontadas por el continente en la últimas décadas-, pensar las interacciones en términos de adversarios con puntos de vista divergentes y no en términos de enemigos. Y más aún, convencernos de que entre dos puntos de vista discrepantes, ambos pueden ganar.

Es así que el diálogo entre Europa y América Latina propiciado por este seminario puede resultarnos de gran utilidad si reflexionamos y tomamos como referentes patrones históricos de nación que, construidos a lo largo de siglos, han permitido sociedades bastante integradas. En contraposición a Norteamérica, podemos denominar el modelo social europeo, que anclado en la filosofía humanista conformó un Estado que decidió históricamente jugar un rol activo para la articulación de consensos hoy construidos, y optar -como lo muestra el trabajo presentado por Hans Slomp- a seguir jugando un rol fundamental.

De allí que para nosotros, para definir qué queremos construir como sociedades y como país, Europa sea un referente obligado, en el que el hombre, el ser humano- y no la competitividad o el mercado- vertebren los fundamentos filosóficos de sociedad.

Esto entonces, como lo hemos escuchado en los diversos expositores europeos, lo que transmite es no sólo la realidad de una construcción de pautas, reglas racionales de interacción, que gozan de altos consensos societales, sino algo que no siempre se destaca, todo un tramado histórico-institucional que garantiza que dicha racionalidad, subrayo, construida después de dos dolorosas guerras mundiales, funcione cotidianamente, reproduciendo un orden societal donde la integración sea una preocupación central.

Ello, como se ha reiterado aquí, se ha realizado respetando las particularidades culturales de cada país (o más bien tomándolas en cuenta); pero también con un rol siempre activo del Estado para crear las condiciones que permitan llevar constantemente a cabo procesos de negociación. Donde no exista un excesivo desbalance de poder de los actores en conflicto para que ésta no quede desvir-

tuada. Ello por cierto ha sido una piedra angular que ha posibilitado que hoy el proyecto de la Unión Europea se haya convertido en una promisoría realidad.

El Rol de la Información

De otro lado creo al mismo tiempo que es indiscutible que, de una manera u otra, el acceso a la información en un mundo que se interconecta velozmente cada día dentro de la denominada globalización, fomenta a su vez procesos cognitivos acelerados, nutridos por la accesibilidad a una enorme masa de información, aunque como ya se dijera el día de ayer en este seminario, abundancia de información no es equivalente a democratización.

Así ocurre al menos en América Latina, donde la difusión, bombardeo cotidiano de las arcadias y las infinitas fuentes de disfrute que ofrece la sociedad de consumo, paradójicamente se convierten en sí mismos, en fuentes creadoras de disconformidad y de frustraciones, frente a un sistema que no provee ni lejanamente los medios para acceder al paraíso de los bienes de consumo de la sociedad moderna.

Y donde para los jóvenes empieza a ser una importante fuente de frustración, dada una selección pautada por el mercado, y donde se alimenta la percepción de un marcado fenómeno de discriminación, en un país con grandes desigualdades como el nuestro, siendo por tanto muy relativa la democratización del acceso a la información: navegar en Internet es aún privilegio de grupos minoritarios en relación al conjunto de la población. Esto es sólo un reflejo de que la integración está por construirse.

En este terreno no está de más decir que en un mundo donde reina la libre empresa son las grandes empresas transnacionales de la comunicación aquéllas que deciden qué es lo que vemos y qué es lo que no. De allí que la Unión Europea otorgue cada vez más importancia a la idea de la regulación en materia de lo que son los medios audiovisuales.

¿Existe una racionalidad en América Latina?

Retomemos la pregunta que hace un buen tiempo vienen planteando algunos intelectuales como Leopoldo Zea, en la búsqueda por crear una filosofía latinoamericana, pregunta que la tenemos

como inquietud constante quienes intentamos reflexionar sobre sociedades comparadas: ¿Cuál es la racionalidad de América Latina? ¿Es distinta, o queremos que sea distinta a la sajona o a la europea?

No pretendemos por supuesto en este breve ensayo responder a tan compleja cuestión. Creo que ya el levantar las preguntas resulta de importancia. Y me inclinaría a pensar, casi de manera intuitiva que la respuesta es sí. Pero ¿Existe ésta más allá de la solidaridad colectiva existente en redes o grupos, y que suelen ser las bases de definición de identidades comunes? En el Perú, los fuertes lazos particularistas tejidos a lo largo de la historia por partidos que, como el aprista, resultaron siendo en términos gramscianos, una suerte de *contra sociedad*, es ilustrativo de ésto.

Como peruana y latinoamericana, más que ver con distancia la racionalidad sajona o europea, creo que es posible construir una racionalidad que introduzca lo que podríamos llamar avances civilizatorios si así consideramos la negociación, y que recupere también lo propio de lo que podemos bosquejar como identidad latinoamericana, donde para resaltar sólo un rasgo, los lazos afectivos parecen tener más importancia que en otras realidades. Si ésto es así, dicha *racionalidad latinoamericana* donde lo esencial sea lo mismo: que el otro sea respetado, es aún una ardua construcción.

Información y Ciudadanía

El acceso enorme como nunca soñó la humanidad de información ha devenido sin duda alguna, aún con sus limitaciones, en una mayor democratización, en proveedores de un conjunto de insumos o *inputs* importantes y decisivos para negociar ciudadanía. Con esquemas que de una u otra forma se expresan ansiosos y demandantes de participación, extendiendo derechos políticos y sociales que expresan en la realidad algo cercano a una real igualdad de oportunidades.

La globalización de la información permite así de manera cada vez mas extendida, que en el último rincón de un país con una geografía tan compleja y culturalmente diversa como el Perú, se maneje información que puede tener implicancias directas en la calidad de vida. Si lo quisiéramos ejemplificar, las gentes saben ahora con relativa nitidez qué significación tiene el fenómeno de la desnutrición; sus implicaciones en el crecimiento normal del ser

humano; o las múltiples oportunidades que la ciudad ofrece, de las que el mundo agrario parece marginado, las diferencias intra regiones en esta materia.

En fin, sobre lo que pregonan la sociedad moderna en particular para los jóvenes -la mitad de la población peruana- sobre la igualdad de oportunidades; que leído de otra manera, es en realidad la promesa de la superación de las formas diversas de la exclusión social, en un país todavía caracterizado por ella. Puesto en términos sociológicos, con una débil vigencia de la movilidad social que termina siendo una suerte de *propaganda demagógica*, a la que la gente se acerca con mirada crítica, producto de la enorme difusión e interiorización de la noción de derechos que ha habido en el Perú en las últimas dos décadas, cuando se quebró el cemento ideológico oligárquico, de corte estamental, que cohesionaba a la sociedad peruana.

Los últimos acontecimientos ocurridos en el Perú, vinculados a torturas, corrupción, autoritarismo, que más bien han tendido a recortar información sobre el acontecer político, han llevado a que -producto de la difusión de los medios masivos de información-, los peruanos se conviertan en ávidos consumidores de información política. Que hayan ido, acumulativamente desarrollando una visión crítica de las reiteradas violaciones de las normas que pautan el conjunto de las instituciones; las derivantes en el terreno económico-individual del modelo en curso, llevan también a la población a interrogarse -tal como lo muestran las encuestas de opinión pública- sobre las relaciones entre ética y política, mostrando a lo largo de estos años de confusión y hermetismo, una alentadora presentación ética del pueblo peruano.

En ese sentido, el Perú debe ser uno de los países más politizado, no sólo porque como producto del modelo en curso tiene un enorme ejército de profesionales taxistas, sino que con dicha información - y voy a hacer una interpretación optimista-, más que sólo informado, el peruano se siente hoy preocupado a nivel individual, y en tanto parte de una comunidad nacional, rechaza determinadas acciones.

Una encuesta realizada por IMASEN en 1996, puede resultar ilustrativa de lo que afirmo, y nos lleva al complejo tema de los espacios públicos en la sociedad actual: un 70% de peruanos señala

procesar sus opiniones políticas sobre la base de la información de la información televisiva, radial y en menor medida, por la prensa escrita.

Esto ocurre en medio de un alto grado de fragmentación y de debilitamiento del tejido social anclado en una diaria lucha por la supervivencia, derivada de una suerte de crisis permanente que, producto de un modelo económico que ha exacerbado el individualismo, con una lógica económica del *sálvese quien pueda*, antes que como una celosa noción de ciudadano; cuando no está atada a programas asistenciales que quedan desvirtuados cuando, como viene ocurriendo en el actual régimen, han cobrado formas no tan sutiles de clientelismo, cuando no de virtual chantaje².

Ello ha desarrollado, sobre todo en la gente mayor con responsabilidades, una suerte de *ciudadanía pasiva*, distinta a la de los países del primer mundo, -anclada en la apatía-, en la medida que una ciudadanía activa significa no sólo la disponibilidad de información para el individuo, sino la capacidad de influenciar, de participar en la toma de decisiones.

Ello resulta preocupante cuando se produce, de un lado en el actual contexto de una virtual disolución o debilitamiento de los actores sociales, cuya característica central entre otras, es contar y trabajar en acumular fuerza la suficiente fuerza como para establecer condiciones de negociación. De otro lado, la crisis, la visualización de una débil cuando no inexistente vigencia de los canales institucionales, no indica que hay un intenso proceso de interiorización de la significación y utilidad de la democracia, proceso en el que subyace una búsqueda tenaz de derechos sociales, que sin duda apuntalan la lucha por la ciudadanía.

Lo que ha ocurrido en el Perú con nitidez, producto de esa desestructuración de los actores colectivos, se entiende como pérdida de capacidad de negociar con metas precisas. Pero de otro lado, cabe resaltar que vienen surgiendo redes y colectivos de naturaleza informal. Estas, sin llegar a constituirse en actores sociales con

² La información recientemente proporcionada por el mismo Primer Ministro es preocupante: un 40% de la población, vive de donaciones.

metas, liderazgo y demás rasgos clásicos de aquellos, y por lo tanto sin una capacidad de imponer negociación, han logrado generar de manera muy extendida redes sociales restringidas a grupos y gentes que comparten determinados valores e identidades. Ellas cumplen un rol de naturaleza funcional, como la ayuda mutua, al mismo tiempo que funcionan a la manera de *espacios públicos*. Una de las expresiones más nítidas de estas redes, fue en 1990, la *construcción oral* del entonces desconocido candidato Fujimori, para enfrentar la candidatura segura del escritor Vargas Llosa, que aparecía soberbia, claramente distante, cuando no despreciativo en gestos y actitudes hacia el mundo popular empobrecido: las grandes mayorías del país.

Las formas de funcionamiento de dichas redes -de gran vigencia y realidad en relación al resto de América Latina- están todavía pendientes de estudiarse más a profundidad. Lo que múltiples trabajos indican es que teniendo en cuenta el masivo fenómeno de la migración del campo a la ciudad confrontada como un mundo hostil, estas redes funcionaron con gran eficacia para la adaptación a la ciudad primero y la movilidad social luego.

Pienso, como señala el sociólogo Sinesio López, que este neoliberalismo a ultranza del *sálvese quien pueda*, implementado la última década, visto desde otro ángulo, ha desencadenado una fuerza vital arrolladora, llena de creatividad, permitiendo enfrentar las condiciones adversas confrontadas en la ciudad, a través de la construcción de un tejido colectivo, autónomo, basado en criterios tradicionales, como los lazos familiares, de parentesco, paisanaje, antes que intereses de clase comunes. Como se dice del fútbol peruano, *se crece ante la adversidad*, y por tanto se es capaz de tomar retos y desafíos; da cuenta de ello el masivo proceso de autoconstrucción de vivienda, posterior a las invasiones.

Sin embargo esta complejidad de redes informales adolece de un problema central: no sólo no tienen reglas claras y transparentes de funcionamiento que puedan ser universalizables; podría decirse también que cada grupo o sistema de red, desarrolla solidaridades y lazos de reciprocidad intragrupo, reafirmando identidades grupales más que nacionales. Y donde finalmente, la noción de ciudadanía como activa comunidad nacional de intereses, es aún larvaria.

A ello coadyuva sin duda el exacerbamiento de opciones indivi-

duales, mencionadas líneas arriba del *sálvese quien pueda*. Y que como señalara Max Hernández, el reto entonces es “transitar de individuos” -que se mueven en un contexto de capitalismo salvaje -, a ciudadanos.

Dicha ciudadanía tiene todavía que crear y luchar por encontrar medios de participación y de expresión, en un contexto político de alto grado de centralismo en el ejercicio del poder, que se expresa con nitidez con la negativa gubernamental a la demanda mayoritaria de realización de un referéndum para dirimir una eventual reelección presidencial. De no encontrarse o construirse esas formas expresivas de ciudadanía de manera importante en el terreno regional, la amplia información disponible puede caminar de la mano con una frustración en aumento que no tiene canales para expresarse.

Perspectivas hacia una cultura de concertación

En el Perú, es importante saberlo y tenerlo en cuenta, no existe una tradición ni una cultura de la concertación; antes estamos marcados por una cultura de confrontación, de identidades excluyentes y divisiones infinitas. Los desafíos en este terreno, se ubican en sopesar y valorizar lo avanzado en torno a acuerdos y actuaciones concordadas y también en *construir una cultura de la concertación*. Esta última es el gran activo logrado por los países hoy desarrollados, que, a pesar de los múltiples conflictos que la atraviesan, en la medida que valoran la democracia han logrado una convivencia civilizada. Sin ir muy lejos fue también el gran activo de la transición democrática chilena post-Pinochet.

Tal vez es por ello que aquella frase acuñada por Ramiro Prialé, concertador del Apra, *conversar no es pactar* como forma de razonar y darle un sustento a la concertación, pasó a la historia en un país que todavía es débil en el aprendizaje de construcción de consensos.

Queremos reiterar que la dificultad de llegar a acuerdos se halla alimentada por 500 años de desconfianza, donde el afán de protagonismo, de perfilamiento del grupo sacrificando objetivos mayores, cuando no de canibalismo o juego de suma cero, donde para ganar es necesario aniquilar al otro, forman parte de nuestra tradición y de un cierto sentido común. La tarea del país entonces se presenta como epopéyica. Asumiendo que no es poco lo que se ha avanzado en un entendimiento que allana el terreno a una unidad real.

Así deben entenderlo también las agrupaciones políticas, en tanto pilares de una democracia, y poner en práctica ese espíritu concertador, hoy manifestado verbalmente por todos, pero que no suele tener correlato en la práctica.

A pesar de todo lo dicho, creo sin embargo que estamos en tránsito hacia una cultura de la concertación y de la negociación. Ello se mostró con claridad cuando se produjo la inaudita e impensable toma de la Residencia del Embajador de Japón, operativo realizado por 17 personas del MRTA. Allí, a lo largo de meses, según lo mostraban las encuestas y se corroboraba en las calles, el grueso de los peruanos estaban *por una salida negociada* o *por la negociación* como vía para alcanzar la pacificación. Si bien la vía militar había combatido a los grupos subversivos, ésta no podía acabar con ellos.